

JESUSA ERRO IÑARREA (LA TÍA JESUSA)

La tía Jesusa lo era de mi esposa y, por tanto, mía y, en estos años finales de su vida (acabada en 2005), camino de los noventa, dio en jugar conmigo de la manera más divertida que os podáis imaginar: me mandaba todo lo que se le ocurría, cierto que sin caprichos –sentarla bien, llevarla a misa empujando el sillón de ruedas, bajarle un libro de su habitación...-, y, con visible cara de satisfacción, comentaba que era un honor que le sirviera “un catedrático” y se deducía muy claramente que me daba órdenes justamente por eso, para darse la satisfacción de que se diera esa circunstancia.

No tenía ni asomo de vanidad. En realidad, lo que acabo de decir da idea de su ingenuidad, que era uno de sus rasgos principales. Era enormemente ingenua; se le podía engañar con toda facilidad. Por ejemplo, todos los años por estas fechas, cada vez que se cortaba delante de ella el roscó de Reyes, nos las arreglábamos para que siempre le tocara la “sorpresa” a fin de exigirle seguidamente que pagara el roscó. Y no recuerdo que nos acusara jamás de que la engañábamos.

El caso es que era, a la vez, notablemente inteligente. Había sido maestra en Betelu – un pueblo de Navarra- desde antes de la guerra y, una vez en que la sorprendí en plena faena, vi con sorpresa que en clase era otra persona, sumamente seria y energética, de las que no se andan con contemplaciones para exigir la atención de los alumnos.

Al mismo tiempo, si veía que una alumna necesitaba una atención especial, fuera porque no podía seguir a las demás, fuera porque mostraba una capacidad mayor, que inducía a pensar que podría seguir estudios en niveles superiores, le dedicaba el tiempo extra que fuera necesario, dándoles clase a ella o a ellas solas después del horario ordinario. Eso permitió que alguna chica de Betelu, sin medios económicos, sea hoy, por ejemplo, profesora de universidad.

La acusada cojera de la tía Jesusa era fruto de una deformación de nacimiento que no descubrieron a tiempo; cuando se dieron cuenta, su padre la llevó a los mejores médicos que pudo encontrar; ella me dijo que la llevó incluso a Francia (¿o a Suiza?), cosa que en un labrador de la Montaña es mucho decir. Pero les dijeron que ya no había remedio; que se podía haber curado nada más nacer, pero no una vez desarrollada la deformación.

Eso la obligó a asumir muy pronto no sólo su condición física, sino su aspecto – deforme por la manera de andar, aunque no la hiciera desagradable en absoluto- y hubo momentos en que tuvo que afrontarlo con algo más que simple entereza. La primera ocasión que conozco fue cuando su padre se dio cuenta de que no podía esperar más hijos, que solo tenía dos hijas y que el mantenimiento de la casa requería un varón. Era evidente que resultaba más fácil casar a la segunda hija –la que sería madre de mi esposa- que a la tía Jesusa; así que decidió deshederarla, de acuerdo con una vieja práctica de la Montaña, que permite el derecho civil navarro –que es más romano aún que el castellano- y que ha permitido asegurar, durante siglos, la adecuación del patrimonio a las necesidades de una familia.

Cuando me lo contó –solo una vez-, añadió que su padre se lo comunicó con lágrimas en los ojos porque la quería mucho y que ella nunca pensó que hiciera mal ni le puso ninguna objeción.

Por lo que luego sucedió, se ve que lo que hizo fue decidirse a consagrar su vida a ese afán de mantener la casa. De hecho, durante toda su vida, fue una especie de ayudante de su hermana, especialmente en los estudios de los doce sobrinos que vinieron, aunque no fuera solo en ello. La suerte profesional que les ha cabido –y que acaba por ahora con mi cuñado embajador- no hubiera sido posible sin ella.

No sé desde cuándo se convirtió en una mujer, primero y principalmente, rezadora. Probablemente, se lo inculcaron sus padres y sencillamente fue desarrollando lo que suele llamarse una vida de piedad, muy constante. Sé que, en un retiro al que asistió hace años, el cura que predicaba exhortó vivamente a rezar mucho más de lo que rezaban a todas las presentes pero añadió: “Menos Jesusa, que ya reza bastante”.

En la tía, por la situación de su nacimiento y lo demás que he contado, lo ordinario fue siempre muy duro y, simultáneamente, muy sencillo. Nunca la oí quejarse, pero sé que sufría o que había sufrido, sólo porque, una vez, cuando alguien de la familia se quejó de algo que le estaba ocurriendo –en una de esas situaciones que no tienen vuelta de hoja-, ella le quitó importancia, con cierta energía, diciéndole precisamente que si tuviera que sufrir todo lo que ella había sufrido... y no añadió nunca –que yo sepa- ni una palabra más, ni un gesto de lamento, ni una simple explicación.

Entenderéis por qué fue para mí un honor –y una razón de constante jolgorio- que, cada vez que aparecía por su casa, me mandara hacerle recados para darse la satisfacción de mandar a “un catedrático”. No olvidéis que era maestra nacional. Al decirlo, sonreía con una mezcla de ingenuidad y picardía. Le parecía tan natural, que un día me contó que se lo había comentado a unas amigas y que una reaccionó reconviéndola a solas por vanidosa y otra, a solas también, le dio vivamente las gracias por haber relatado una cosa tan ejemplar. Dejar que me ría de esto último pero que os lo cuente para explicar que, como ella misma me dijo, lo que le llamó la atención es que era una muestra curiosa de cómo un mismo gesto puede repercutir de maneras incluso contrarias. Lo que le había llamado la atención era esto último –una mera observación de persona curiosa que abre los ojos y ve la realidad como es-; que la hubieran reconvenido o la hubieran alabado por ello, no digo que la trajera sin cuidado, pero no le dio mayor importancia. Ella seguía siempre su camino (y el camino de todos los que pasábamos junto a ella), cojeando, tanto si hacía sol como si nevaba.

No os oculto que su *dies natalis* ha sido para todos un motivo de pena y, al tiempo, de alegría. Ya era hora de que descansara en el que nacerá el 25.

20 de diciembre de 2005